

Don Enrique se dirigió á aquel grupo en busca del jefe, que por su parte salió á su encuentro; los dos se reconocieron y se miraron.

—¡Don Enrique Ruiz de Mendilueta!—exclamó el Indiano, que era el jefe de los vencidos.

—¡Don Diego de Alvarez!—gritó Don Enrique.

En este momento Juan el pescador izaba en las almenas del castillo una bandera inglesa.

IX.

Venganza.

LA turba vencedora gritaba y se apoderaba de cuanto contenía el castillo; dinero, mercancías, armas, mujeres, todo era arrebatado y todo se sacaba de allí inmediatamente, porque aquellos hombres temían que á su turno los piratas los despojasen del botín.

Por todas partes se escuchaba el ruido de las hachas con que se rompían las puertas y las cajas, los gritos de alegría de los que encontraban una buena presa, los gemidos de los moribundos y los ayes de angustia y de terror de las damas, que arrebatadas del seno de sus espantadas familias, salían del castillo en brazos de sus raptos.

Aquella era una escena espantosa, y los que no se dedicaban al saqueo ó que estaban ya satisfechos, amenazaban con la muerte á los prisioneros, y calmada su sed de oro, buscaban saciar su sed de sangre.

El Indiano y sus compañeros de desgracia esperaban la

muerte, oyendo aquel espantoso tumulto y considerando la suerte que correrian sus infelices familias.

Cuando vieron aproximarse á Don Enrique, creyeron que habia llegado para ellos el supremo instante.

Don Enrique y el Indiano se reconocieron, y permanecieron en silencio contemplándose por un momento.

Don Diego fué el primero en romper aquel silencio.

—Don Enrique—dijo con una tranquilidad que nada tenia de afectada—sé que para mí no hay esperanza; estoy en vuestro poder, podeis vengaros, y estais en vuestro derecho; nada pido para mí; pero si hay en vuestro corazon algun rasgo de generosidad, una gracia os pide el hombre que va á partir de este mundo, una gracia sola: que vuestro acero, despues de romper mi corazon, abra tambien el pecho de mi esposa Marina y de mi hija Leonor, antes que sean el juguete y el escarnio de los hombres que os acompañan: prometedme eso nada mas, y moriré tranquilo; que ellas mueran tambien, pero que no las deshonren.....

—Don Diego—contestó Don Enrique con una calma terrible—estais en mi poder, y en mi poder están vuestra esposa y vuestra hija; por vos, por la que hoy es vuestra esposa, he perdido cuanto un hombre puede tener sobre la tierra, familia, patria, riquezas, honores, porvenir, nombre, todo, todo; por vos he tenido que vivir en las montañas como un bandido; por vos he llegado á ser pirata, á seguir esta carrera que no tiene mas porvenir que el patíbulo y la deshonra. Don Diego, me debeis una venganza terrible; vuestra muerte no satisfaria tantos pesares, tantos rencores; vida por vida; ¿pero y mi honra, y mi nombre, y mi patria, y mi porvenir? Apenas verter vuestra sangre y entregar á vuestra mujer á las torpes caricias de mis soldados, y educar á vuestra hija para el vicio y la prostitucion, ape-

nas serviria para el digno castigo de cuantas injurias he recibido de vos.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!—exclamó el Indiano con la mas profunda amargura—¡Dios mio! esto es espantoso!

—¡Don Diego de Alvarez!—continuó Don Enrique—yo os tengo de matar con mi espada y con mi mano, porque me debeis una reparacion; pero esto lo haré como quien soy, como caballero. Don Diego, libre estais desde este momento; buscad á vuestra esposa y á vuestra hija; yo os daré algunos hombres para que os las entreguen, rescatándolas de grado ó por fuerza; pero no me agradezcais nada, nada, Don Diego, porque os aborrezco con todas las fuerzas de mi corazon. Id, Don Diego, y no os pongo mas condicion sino la de que dentro de seis meses, es decir, el seis de Agosto de este año, me esperareis en México, á las doce de la noche, enfrente de la misma casa en la que recibí de vosotros tan atroz injuria.

Don Diego quiso contestar.

—José—dijo Don Enrique dirigiéndose al pescador—ya habeis escuchado; llevaos á ese caballero; que le sean restituidas su esposa y su hija, y todos tres, custodiados debidamente, salgan de la ciudad por donde quieran, hasta quedar fuera de peligro.

Don Enrique dió la vuelta y se retiró, dejando asombrado al Indiano.

—¡Oh!—exclamó el Indiano—grandeza por grandeza, veremos cuál es mejor; yo me vengaré como él.

Y seguido del pescador y de algunos hombres, se dirigió en busca de Doña Marina.

.....

.....

Entretanto, pasaba en el castillo que defendía el gobernador de la plaza, una cosa horrible.

Juan Darien había encontrado las escalas que quería Morgan, y llegaba con ellas al campo de los sitiadores.

Pero traía también la gente que las había de arrimar á la muralla. Eran todos los frailes y las monjas que habían podido encontrar en la ciudad.

Las monjas lloraban; sus velos y tocas habían sido arrancados, y los piratas reían de las que eran feas y viejas, y se permitían espantosas chanzas y brutales caricias con las jóvenes y bonitas.

—Esta gente colocará las escalas—dijo Juan Darien.

—Bueno—contestó Morgan;—manos á la obra.

—Mejor que nos den algunas de esas—dijo un pirata, señalando á las monjas.

Morgan, por toda contestación, preparó su pistola y descargó el tiro sobre el osado que hablaba así en su presencia.

El hombre huyó el golpe y se ocultó entre sus compañeros.

—A las escalas!—dijo Juan Darien.

Los frailes y las monjas vacilaron; pero el pirata descargó un furioso golpe con un leño sobre una de las religiosas, que cayó, lanzando un grito.

—¡A las escalas pronto!—repitió con voz de trueno.

Todos aquellos infelices corrieron y levantaron las escalas.

—Ahora, seguidme—dijo Juan Darien.

Y aquellos desgraciados, cargando las grandes escalas, comenzaron á caminar, siguiendo á Juan Darien.

Los defensores del castillo se horrorizaron al ver avanzar sobre ellos aquella comitiva de monjas y frailes, conduciendo las escalas de los sitiadores.

—¡Fuego! gritó el gobernador.

Ningun soldado se atrevía á obedecer.

—¡Compasion! ¡compasion!—gritaban los desgraciados que conducían las escalas.—¡Compasion! En nombre del cielo, no tireis; mirad que venimos por la fuerza; mirad que somos gentes pacíficas, que vienen aquí ministros y esposas del Señor.

—Adelante! adelante!—gritaban los piratas, y avanzaban.

Los asaltantes estaban ya casi al pié del castillo; las monjas lloraban, los frailes pedían misericordia.

—¡Fuego!—repitió con voz firme el gobernador. Los soldados españoles comprendieron el peligro, y apuntaron al grupo y luego volvieron los rostros.

Una cinta de fuego rodeó la fortaleza, retumbó la descarga, el humo envolvió las almenas, y multitud de víctimas rodaron por tierra.

Aquella descarga había sido fatal para los asaltantes; frailes y monjas, heridos revolcándose en su sangre y dando lastimosos gemidos, otros queriendo huir, y los piratas feroces y encarnizados, obligándolos á permanecer y á continuar en su tarea.

Las descargas se sucedían; era aquello un asalto en forma: las escalas se colocaron contra los muros, y comenzaron á subir por ellas como unos rabiosos los piratas.

Entonces la batalla se libró entre las almenas, y en los patios, y en las estancias del castillo.

Como un león el gobernador español se defendía y luchaba, rechazando á sus enemigos y perdiendo y ganando terreno.

El valor faltó á algunos de sus soldados, y él les dió la muerte.

Por fin, rodeado de enemigos que respetaban y admira-

ban su esfuerzo heróico, dió por un momento tregua al combate.

Juan Morgan llegaba en aquel momento.

—¿Pides cuartel?—preguntó el pirata.

—¡Nunca!—contestó el gobernador;—antes morir como soldado y con honor, que vivir como un cobarde.

Y sin esperar mas, se lanzó furioso sobre Morgan y sobre todos los que le rodeaban.

Pero era un combate temerario; cien espadas se dirigieron contra su pecho, y no tardó en caer acribillado de heridas.

El triunfo era completo; los piratas, dueños de la ciudad, se entregaron al saqueo.

Morgan y Juan Darien escogieron para su alojamiento una gran casa, y aun no se disipaba el humo del combate, y ya sentados á la mesa comian tranquilamente.

Estaba anocheciendo, y el combate habia comenzado al despuntar la aurora.

En doce horas habia cambiado totalmente la suerte de aquella infortunada ciudad.

X.

El regalo.

LA ciudad presentaba un cuadro aterrador; las calles oscuras, las puertas de las casas rotas, fragmentos de muebles por todas partes, y por todas partes tambien grupos de piratas, ó de hombres perdidos de la poblacion en completo estado de embriaguez, cantando coplas indecentes y llevando en sus brazos jóvenes hermosas de las principales familias de la ciudad, que habian tomado como parte del botin para saciar sus brutales apetitos, y esto quizá pasando aquellas desgraciadas sobre los cadáveres y la sangre de sus padres y de sus hermanos.

Aquella era una espantosa y sangrienta bacanal.

Un grupo de aquellos soldados llevando á varias jóvenes, entre las que se veian tambien algunas religiosas de las que habian salvado en el asalto, llegó á una de las casas abandonadas.

Los piratas llevaban casi todos grandes hachones de cera que se habian sacado de una iglesia.

—Esta casa está buena para pasar la noche—dijo uno;—¿os parece?

—Sí, sí, á la casa!—gritaron todos.

—Estas hermosas no pueden andar en la calle; están cansadas.

—Sí—agregó otro—tendremos una noche de príncipes; ¿no te parece, hermosa mia?—dijo, dirigiéndose á la jóven que traía.

La infeliz no contestó; y toda la turba invadió la casa, registrándolo y examinándolo todo.

Aquella era una habitacion magnífica y soberbiamente amueblada.

Por todos los aposentos se veían las luces que llevaban los piratas, que recorrían las estancias buscando algo que les conviniera llevarse, y un lugar para pasar la noche.

De repente, uno de ellos que había penetrado en un sótano, salió de allí gritando á sus compañeros, y casi arrastrando á una mujer.

En un momento todos se reunieron y rodearon á aquella desgraciada.

Era Doña Marina.

—¡Mirad qué mujer tan hermosa!—exclamó;—¿quién la quiere?

—Yo tengo la mia y estoy contento—contestó uno.

—Y yo, y yo—repitieron los otros.

—Pues será lástima que tan linda moza se quede sin uno de nosotros.

—Es cierto.

—¿Pues qué hacemos? Que busquen á uno de los nuestros.....

—Todos tienen ya.

—Entonces, ¿sabeis lo que me ocurre?

—¿Qué?—dijeron todos.

—Que estas señoras que nos acompañan, la vistan como una reina, y mañana se la regalamos al almirante.

—Bien pensado; ¿pero si tiene ya alguna dama?

—Mañana nos agradecerá esta.

—Bueno; ¿pero mientras qué hacer con ella?

—Encerrarla y tenerla oculta toda la noche.

El Indiano, acompañado de José el pescador, había ido en busca de Doña Marina y de su hija.

En aquella terrible confusion le era casi imposible reconocer á todas las infelices mujeres que estaban ya en poder de los asaltantes.

Entonces comprendió Don Diego todo el horror de aquella situacion; apenas hubo mujer jóven de la que no se apoderasen: lloraban, se desesperaban, suplicaban de rodillas; pero aquellos hombres eran inflexibles.

Apenas con el prestigio que entre todos disfrutaba José el pescador, pudo proceder Don Diego á la averiguacion, y sus pesquisas resultaron inútiles.

Después de tres horas de presenciarse aquel horroroso espectáculo, Don Diego se desengañó de que Doña Marina no estaba en el castillo, y perdida ya toda esperanza, salió de él.

Una infeliz anciana, herida de un brazo, estaba sentada en la puerta de una casa y reconoció al Indiano.

—¡Qué dia! ¡qué dia!—exclamó aquella desgraciada;—la cólera de Dios ha descargado sobre nosotros.

El infortunio vuelve á los hombres comunicativos y hace

desaparecer todas las diferencias sociales. Don Diego y aquella anciana se miraron como dos hermanos en medio de aquel caos.

—Señora—dijo el Indiano—¿quién tan infortunado como yo? He perdido á mi hija y á mi esposa!

—Yo he perdido tambien el único hijo que tenia; me lo han asesinado esos hombres. ¿Vuestra esposa ha muerto tambien?

—¡Mas valiera! la he perdido, y quizá en este momento sirva de escarnio á esos tigres.

—¿No está en el castillo?

—No, señora.

—Pues quizá haya escapado: yo estaba herida desde el principio del combate, y he permanecido aquí; cuando el castillo se rindió, un gran grupo de mujeres, entre las que iban algunos niños, salió por una puerta y ganó el bosque; nadie las perseguia y deben ya estar en salvo: tal vez vuestra hija y vuestra esposa hayan tenido esa dicha.

—¿Y además de esas mujeres, á ninguna habeis visto salir?

—Ninguna ha salido, os lo aseguro, y está en el castillo ó entre las que se salvaron.

—En el castillo no está.

—Entonces buscadla en los bosques.

—¿Qué rumbo decís que tomaron?

—Por ahí derecho—dijo la anciana señalando un bosque muy poblado de árboles que estaba cerca.

—Entonces voy en su busca.

—Dios os guíe.

—¿Quereis que os lleve?

—¡Oh! gracias; espero recoger siquiera el cadáver de mi

hijo, para poder morir á su lado: conozco que ya se agota mi vida.

—Entonces adios, y Dios os consuele.

—Que Dios os guarde.

Don Diego echó á andar siguiendo la direccion que le habia indicado la anciana.

Comenzaba á encumbrar cuando oyó el fuego nutrido de cañon en el fuerte que defendia aún el gobernador.

Volvió el rostro, la bandera española flameaba coronando las almenas; nubes de humo se alzaban lentas sobre la fortaleza, y al pié de las murallas se distinguia á los asaltantes moverse con una infernal actividad.

Don Diego pensó en el gobernador, en los soldados y en las familias refugiadas allí; lanzó un suspiro, y exclamó:

—¡Están perdidos sin remedio!—y volvió á continuar su camino.

Poco á poco se fué internando en el bosque y alejándose de la ciudad; poco á poco fueron haciéndose mas remotos los ecos de los cañonazos, hasta que dejaron de percibirse completamente.

La selva era espesísima, no habia allí senda ni vereda de ninguna especie, y el Indiano vacilaba á cada paso sobre el rumbo que debia seguir, y se afligia pensando que quizá se apartaba del que seguian las fugitivas, y que en medio de aquel bosque moririan de hambre aquellas mujeres, sin amparo y sin guia.

Maquinalmente atravesaba colinas y bosques. Iba ya á morir la tarde, cuando oyó que le llamaron por su nombre.

Se detuvo, buscó con la vista y vió á una mujer que le llamaba, y se dirigió á encontrarla.

Era una de las principales damas de la ciudad; pero su

traje estaba completamente destrozado, su cabello lleno de polvo, su rostro maltratado por las espinas y las ramas de los árboles.

—Gracias á Dios, señor, que habeis salvado—dijo la dama;—¿adónde está Doña Marina?

—Señora, lo ignoro—contestó Don Diego;—la busco hace mucho tiempo sin haber tenido noticia de ella ni de mi hija.

—¡Dios mio! ¿pues qué habrá sido de ella?

—¿Vos no la visteis, señora?

—Sí; cuando esos hombres asaltaron el castillo, nosotras encontramos modo de abrir una puerta que daba al campo, y huimos. Doña Marina y vuestra hija venian con nosotras; llegamos al bosque, pero ella no quiso pasar de allí; me entregó á su hija, y á pesar de mis instancias, volvióse á buscaros.

—¿Es decir que mi hija está aquí?

—Yo la tengo; todas hemos llegado juntas hasta este lugar que nos ha parecido seguro, y de donde nos ha sido imposible pasar, porque el cansancio, el hambre y la fatiga nos han rendido.

—¿Y nada habeis comido?

—Nada; mujeres solas, ¿qué queriais que hiciéramos? Es verdad que hemos encontrado en el bosque algunos toros; ¿pero cómo hacer?

Don Diego se puso á reflexionar.

—Dios mio!—exclamaba—¿qué haré? Mi hija aquí, próxima á morir de hambre con todas estas desgraciadas; Marina perdida en la ciudad por mí..... Dios mio, inspírame..... ¿Abandonar á mi hija? ¡imposible! ¿abandonar á Marina? ¡menos!..... llevarme á esa criatura, exponerla otra vez á una muerte segura, sin tener en el camino con que alimentarla,

cuando me puedo extraviar entre los bosques! ¡Dios mio, Dios mio!.....

El Indiano inclinó la cabeza sobre el pecho y dejó caer los brazos con abatimiento.

—Oidme—dijo la dama;—¿teneis armas?

—Ninguna—contestó Don Diego;—¿qué intentais?

—Cerca de aquí hemos oido bramar unos toros; matad uno, así tendremos alimento; yo me encargaré de la niña, y vos ireis en busca de Doña Marina.